

La *Epístola satírica y censoria* de Quevedo

Pocas obras de Quevedo presentan tanta relación con el contexto vital en el que el poeta se ve inmerso como la *Epístola satírica y censoria*, dirigida al Conde-Duque de Olivares. Los acercamientos al texto publicados hasta hoy tienen como objetivo el análisis del contenido o el esclarecimiento biográfico, y, por ello, olvidan la tensa pugna entre tradición y originalidad que se manifiesta en el barroco. En el momento en que Quevedo compone esta misiva, muchos escritores de los Siglos de Oro han ensayado la epístola poética, han comenzado a decir en español el estilo familiar y moral del *sermo* horaciano, perfeccionándolo y continuándolo. Incluso los tratadistas abordan episódicamente el género, o «subgénero» epistolar, reconociendo la fuente en la epístola horaciana.

Nos encontramos ante un ejemplo de epístola creada en el modelo de las de Garcilaso, Hurtado de Mendoza o Aldana. No hay que buscar en ella, sin embargo, los tópicos con los que habitualmente los escritores renacentistas las componen, y, especialmente, los relacionados con lo moral y con lo familiar. En las líneas que siguen nos proponemos analizar los cauces genéricos por los que fluye la *Epístola satírica y censoria*.

A los estudiosos que indagaron en las relaciones personales entre Olivares y Quevedo los «defraudó» el «prometedor» comienzo de la *Epístola*, puesto que pretendían ver en ella aspectos ajenos a la obra literaria¹. Sin embargo, desde el comienzo de la composición, el autor nos ofrece claramente una serie de elementos indicadores de lo que pretende. El lector de la época percibía desde los primeros versos que se encontraba frente

¹ Esa perplejidad es muy general: las pocas páginas dedicadas a este poema en muchas historias de la li-

teratura señalan casi siempre que el comienzo de la *Epístola* despierta grandes expectativas en el lector, que

ve defraudadas en seguida. ¿Pensarían quizá que los primeros versos anunciaban un torrente de invectivas o de-

nuncias similares a las del memorial «Católica, sacra, real Majestad»?

a una sátira y, por la naturaleza híbrida de este género, podía esperar que derivase hacia otros cauces que participaban del terceto encadenado².

Reproches de otro tipo podría hacerse a los distintos esquemas estructurales ensayados, entre otros, por Christopher Maurer y Lía Schwartz-Ignacio Arellano³. Por nuestra parte, propondremos una estructuración que tenga en cuenta los diversos géneros que convergen en la epístola horaciana y deje de lado los distintos *loci* temáticos.

Maurer⁴, después de señalar el «carácter desconectado» de la *Epístola*, que le «da una sensación de desorganización», divide sus 68 estrofas (205 versos) en tres partes:

- A) El exordio (versos 1-30): la necesidad de decir la verdad.
- B) La materia (versos 31-165): las costumbres antiguas comparadas con las modernas:
 - 1) la actitud de los antiguos hacia el tiempo (vv. 34-45⁵);
 - 2) la valentía del hombre (vv. 46-57) y de la mujer (vv. 58-66);
 - 3) la pobreza del mundo antiguo (vv. 67-84);
 - 4) su moderación en la comida (vv. 85-105);
 - 5) su falta de lujo (vv. 115⁶-129);
 - 6) censura del juego de toros y cañas (vv. 133⁷-159⁸).
- C) Petición al destinatario (vv. 163⁹-205): demanda la restauración de las costumbres antiguas,

y propone a continuación otra división más sencilla: «hasta el verso 66 se encarece la fortaleza de los antiguos, y desde el verso 67 hasta el final, su templanza». Maurer observa que no le cuadran «ciertos tercetos —versos 76-84, 106-114 y 196-201—», que —dice— «ni encajan en este esquema ni parecen ser digresiones deliberadas¹⁰. ¿Cómo explicar su presencia?».

² Para una visión panorámica del género (o subgénero) de la epístola moral en el Renacimiento, cf. E. Rivers, «The Horatian Epistle and Its Introduction into Spanish Literature», *Hispanic Review*, XXII, 3 (1954), págs. 175-194; C. Guillén, *Entre lo uno y lo diverso*, págs. 167-172, y «Sátira y poética en Garcilaso», *El primer Siglo de Oro. Estudios sobre géneros y modelos*, Barcelona, Crítica, 1988, págs. 15-48. Sendos estudios de «Malhaya el que en señoras idolatra», de Góngora, a la luz de estas consideraciones genéricas, se deben a J. M. Micó, «A mis sole-

dades voy», *La fragua de las soledades*, Barcelona, Sirmio, 1990, págs. 103-122, y A. Sánchez Robayna, «Los tercetos gongorinos de 1609 como epístola moral», *Silva gongorina*, Madrid, Cátedra, 1993, págs. 83-99.

³ C. Maurer, «Interpretación de la "Epístola satírica y censoria" de Quevedo», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 361-362 (julio-agosto 1980), págs. 93-111. L. Schwartz e I. Arellano, en su edición de *la Poesía selecta de Quevedo*, Barcelona, PPU, 1989, págs. 119-136, citado de ahora en adelante Schwartz-Arellano. Hasta el estudio de Maurer, la

Epístola había merecido escasas consideraciones por parte de nuestros críticos e historiadores.

⁴ Op. cit., págs. 96-97.

⁵ Faltan en el esquema los versos 31-33.

⁶ Faltan en el esquema los versos 106-114.

⁷ Faltan en el esquema los versos 130-132.

⁸ Faltan en el esquema los versos 160-165 (final del apartado B).

⁹ Obsérvese que el final de la parte B) había quedado fijado en el verso 165.

¹⁰ En nota a pie de pági-

na, en este mismo lugar (pág. 97), consigna Maurer lo siguiente: «Es curioso que estos versos coinciden en satirizar a ciertos pueblos: cántabros-ligures-moros y tudescos-holandeses-italianos-godos. Los versos 76-84 y 106-111 fueron omitidos, a despecho de la métrica, en la edición de Ximénez Patón (1639)». Pero Quevedo no satiriza a los cántabros. Tampoco a los godos, sino a quienes aducen genealogías antiguas, «gastándolos». Estos pueblos, pertenecientes al pasado que se reivindicaba, no pueden merecer sátira desde la óptica de Quevedo.

En su respuesta, el estudioso apunta a lo genérico: «tanto la epístola como la sátira [...] se caracterizan por su libertad estructural». Pero a continuación rechaza estas razones genéricas y achaca a un descuido estructural de Quevedo la existencia de estos tercetos¹¹. No estamos ante un error estilístico del escritor barroco: las epístolas pueden ser más o menos íntimas o más o menos amistosas, pero no dejan de ser epístolas, marcadas ahora por el cambio de estilo que se produce en esta época.

Lía Schwartz e Ignacio Arellano ensayan otro tipo de estructuración¹²:

- 1) Propuesta satírica de denuncia de los males presentes (vv. 1-30).
- 2) Alabanza de las costumbres españolas antiguas (vv. 31-110).
- 3) Crítica de las costumbres contemporáneas (vv. 111-165).
- 4) Un pedido al Conde-Duque de reforma y retorno a los antiguos valores (vv. 166-205).

Coinciden Maurer y Schwartz-Arellano en la primera parte de su división. Efectivamente, hasta el verso 30 vemos la intención del poeta de *no callar*, pero no es menos evidente que con la utilización del vocativo «Señor Excelentísimo», en el verso 25, ya se introduce la forma epistolar, a través de unas estrofas que sirven de conexión entre la *propuesta de denuncia* y su desarrollo. Por otro lado, estos críticos establecen una separación tajante entre la alabanza de las costumbres antiguas y el rechazo de las presentes, y concretan en sus estructuras una cantidad de versos para cada una de estas polaridades¹³.

Creemos que esta delimitación no se corresponde con la organización de los materiales del contenido que Quevedo establece, ya que el escritor intercala ambos aspectos continuamente y realiza su *sermo* en una oposición sistemática de estos polos en el mismo terceto. Cuando una de estas dos perspectivas temporales parece predominar, la otra está presente¹⁴.

¹¹ Maurer, al hacer gravitar su opinión sobre unas citas de Lope y de Garcilaso, se ve forzado a usar el rótulo de «epístola amistosa», de dudosa aplicación para este caso: «Las cartas ya sabéis que son centones, / capítulos de cosas diferentes, / donde apenas se engarzan las razones» —lo dice Lope, maestro del género—. Pero esta soltura, este dejar correr el pensamiento, había caracterizado, más que nada, las epístolas amistosas: «Entre muy grandes bienes que consi-

go / el amistad perfecta nos concede / es aqueste descuydo suelto y puro». El «descuydo» estructural de Quevedo no deriva de la confianza ni de la amistad: no tenía amistad con Olivares. En una epístola como la suya, donde predomina el estilo elevado, hubiéramos esperado mayor coherencia» (op. cit., pág. 97).

¹² Op. cit., pág. 126. Crosby, en su edición *Poesía varia de Quevedo* (Madrid, Cátedra, 1991, pág. 193) usa la misma estructura («introducción», vv. 1-30; «elo-

gio de las virtudes de los españoles antiguos», vv. 31-110; «crítica de los contemporáneos», vv. 110-165, y «súplica al primer ministro del Rey, Gaspar de Guzmán, rogándole que avive y reintegre los antiguos valores nacionales», vv. 166-205).

¹³ Maurer, del verso 34 (debe ser errata por 31) al 129, establece la alabanza de las costumbres antiguas, y del 129 al 159, la crítica de las presentes; Schwartz-Arellano (y Crosby) fijan «la alabanza de las costumbres españolas antiguas» del verso 31

al 110 y la «crítica de las costumbres contemporáneas» del verso 111 al 165.

¹⁴ A menudo están in praesentia las dos perspectivas, oponiéndose gracias al uso de determinados recursos gramaticales: a) adverbios temporales: vv. 130-131, «hoy desprecia [...] / entonces fue»; b) demostrativos: v. 84, «esta usura [...] aquella furia»; c) formas verbales (pto. perfecto/presente): vv. 31-32, «yace [...] que fue»; d) adverbios de cantidad: v. 32, «rica menos, más temida»; v. 56, «no a más descansado,